

LA CUESTIÓN DE LA DEMOCRACIA¹

Posibilidades de una sociedad autónoma

Cornelius Castoriadis

www.omegalfa.es

Estoy muy contento y emocionado de hallarme hoy aquí. Quiero agradecer a la Universidad de Buenos Aires este título de Profesor honorario que me otorga. Quiero agradecer especialmente a Zona Erógena y a mi querido amigo Fernando Urribarri el haber organizado esta primer visita mía a Buenos Aires. Y quiero darles las gracias a todos ustedes por haber venido y por manifestar interés no sólo por asistir, sino por la cuestión de la democracia, que es la cuestión decisiva para todos nosotros.

Capitalismo y libertad

Querría comenzar con una breve retrospectiva. Hace 4 años, tras largo tiempo de una tiranía monstruosa y sin antecedentes –de explotación del pueblo, de ahogo del espíritu- el régimen totalitario comenzaba a desmoronarse en los países del Este. En ese momento, los periodistas, los políticos, algunos intelectuales occidentales, comenzaron a proclamar el triunfo del capitalismo y el triunfo de la “democracia” a la occidental. Cuatro años más tarde podemos preguntarnos dónde estamos con respecto al triunfo de la democracia y del capitalismo a la occidental. La respuesta no es difícil.

¹ Conferencia pronunciada en septiembre de 1993 en la Universidad de Buenos Aires.

En los países ricos encontramos la recesión y la desocupación; hay un desgaste sin precedente en el sistema político y en los políticos. A escala mundial no hay un nuevo orden mundial sino un nuevo desorden. Hay una situación explosiva.

En los Balcanes tenemos un genocidio tribal que tiene el riesgo de extenderse a todo el territorio de la ex Unión Soviética; la miseria de los países pobres del tercer mundo no ha disminuido; la destrucción del medio ambiente continúa. Y así podríamos seguir largamente con la lista de calamidades que componen el cuadro político, social y económico mundial actual, luego de “el triunfo” del capitalismo y la democracia a la occidental.

Habría que empezar preguntándose en qué consiste esta famosa democracia a la occidental. Pienso, por mi parte, que hablar de democracia en estos casos, es parte de la inmensa regresión ideológica y de la amnesia histórica que caracteriza a nuestra época y que se expresan también en el plano intelectual, en la reflexión política, en la filosofía y en la economía. La palabra *democracia* es simple en su sentido y en su intención central. Los griegos inventaron ese término al mismo tiempo que inventaban “la cosa”, la realidad a la que correspondía. Democracia: nada más ni nada menos que el poder del pueblo. No hay lugar para juegos filosóficos o hermenéuticos. La democracia es el poder del pueblo. (Aplausos)

Entonces, es una vergonzosa hipocresía decir hoy que hay algún país en este planeta en que el pueblo tiene el poder.

Consideremos los regímenes políticos en los países occidentales. Si miramos, no la letra de las constituciones, sino el funcionamiento real de las sociedades políticas, comprobamos inmediatamente que son regímenes de oligarquías liberales. A ningún filósofo político del pasado digno de ese nombre se le habría ocurrido jamás llamar a estos sistemas “democracia”. Inmediatamente hubiera encontrado que había allí una oligarquía que está obligada

a aceptar algunos límites a sus poderes, dejando algunas libertades al ciudadano.

¿Quiénes son los portadores de estas oligarquías políticas? Evidentemente la burocracia de los partidos políticos, la cima del aparato del Estado, los dirigentes económicos y los grandes propietarios, el management de las grandes firmas y, cada vez más, los dirigentes de los medios de comunicación e información. Está claro que estas categorías están muy estrechamente interconectadas; y también está claro que para participar de estas capas no es condición necesaria ni suficiente poseer capitales en el sentido tradicional de la palabra. Es decir que no se trata del capitalismo clásico, pues este ha ido cambiando. Vivimos bajo un sistema de capitalismo burocrático con regímenes políticos –en su mayoría y en el “mejor” de los casos- de oligarquías liberales.

Voy a tomar el ejemplo de un país que conozco bien porque vivo allí: Francia. El cuerpo soberano de acuerdo con la Constitución es el cuerpo electoral, formado más o menos por cuarenta millones de personas. Pero ¿quién es soberano realmente? Como máximo unas cuarenta mil personas, y unas cuatro mil como mínimo. Es el número de los diputados, los miembros de los partidos, los miembros del aparato dirigente de los partidos, los grandes burócratas del Estado, los grandes empresarios, etc. De hecho esas personas son inamovibles; y en la medida en que esas capas se van renovando, lo hacen por autocooptación.

Entonces nos hacen el cuento de que esto es una democracia... representativa. Resulta que hay un parlamento que vota las leyes.

Pero creer esto es también uno de los índices de la confusión o regresión ideológica. Hasta el sentido común sabe que a partir del momento en que uno elige gente por cinco años es inevitable que estas personas no tengan más que una sola preocupación: ser reelegidos. (Aplausos). Hace dos siglos Jean Jacques Rousseau, criticando precisamente la democracia representativa, escribía en “El

contrato social” que “los ingleses creen que son libres, pero la verdad es que son libres un solo día cada cinco años”. Pero Rousseau estaba equivocado, porque los ingleses no eran libres ni siquiera un día cada cinco años, pues los candidatos son designados por la cúpula del aparato del partido, que nos propone programas fuera de los cuales uno no tiene ninguna posibilidad de elección, ninguna alternativa. Es decir que el juego está trucado y la cuestión se reduce más o menos a poder elegir entre un diputado morocho o un diputado rubio.

Hay un segundo punto. En los países “democráticos” se habla (y se supone que la ley lo garantiza) de la igualdad política del ciudadano. Pero es obvio que no puede haber igualdad política si existe una inmensa desigualdad económica. En primer lugar porque vivimos en una sociedad cuyo centro es la economía (no es fatal que las sociedades sean así pero esta es así) y por lo tanto el poder económico como tal es el más importante de los poderes. Y en segundo lugar evidentemente el poder económico se traduce inmediatamente en poder político. Vemos esto de modo directo en la manipulación de la opinión pública por los dueños de los medios de comunicación.

Por supuesto que todo esto no quiere decir que los regímenes que existen hoy en día en los países occidentales sean iguales que los regímenes totalitarios que existían o que todavía existen.

Por ejemplo es cierto que hay ciertas libertades: como la que nos permite estar aquí esta noche y criticar a este régimen. Y eso no es poca cosa. También existe cierta igualdad ante la ley: no me puede condenar el tribunal de una manera que viole de modo flagrante los derechos que me otorga la ley. Aunque la cosa se detenga ahí cuando el asunto que está ante el tribunal no es uno común, sino uno que toca la política o los asuntos del gobierno, en cuyo caso la independencia de la justicia queda sólo en los papeles.

Pero entonces hay ciertas libertades. Y esas libertades no son “formales” como decía el marxismo. Son parciales y sobre todo son defensivas o negativas. Para explicar mi posición sobre la libertad, retomo la gran cuestión que ha preocupado a la filosofía política desde hace milenios: cómo puedo ser libre si, viviendo necesariamente en sociedad, estoy sometido a las leyes de esa sociedad. Esta cuestión no es paradójica, ni metafísica. Es una cuestión que ha conducido a algunos pensadores anarquistas -muy respetables por otra parte- como Max Stirner, a decir que no se puede ser libre en sociedad, o que no se puede ser libre en la medida en que haya institución, etc. Es evidente que esta conclusión es absurda, que debe haber otra respuesta.

Y pienso que esa otra respuesta posible es clara: “Vivo necesariamente en sociedad; por lo tanto vivo necesariamente bajo leyes, y debo obedecer a la decisión de la mayoría. Soy libre si puedo participar efectivamente en todas las tomas de decisión, en todos los actos legislativos, etc.” Es decir que la libertad es la participación efectiva en el funcionamiento y los actos de las instancias políticas, garantizada, asegurada y promovida por las propias instituciones de manera efectiva y no solamente sobre el papel. Y eso “el gran pensador de la Antigüedad” -como Marx llamaba a Aristóteles- lo sabía bien, puesto que definía al ciudadano como aquel que es capaz de gobernar y de ser gobernado. Ambos términos son igualmente importantes y les pido que piensen en ello.

Avance de la insignificancia

Nos hemos referido a la realidad de la situación contemporánea. Sin hacer profecías ni tampoco pronósticos tratemos ahora de reflexionar acerca de en qué medida el sistema tal como existe puede reproducirse indefinidamente, y en qué medida puede asegurar su estabilidad. Desde hacia varias décadas nosotros comprobamos una evolución de las sociedades occidentales que podemos

caracterizar en primer lugar por la apatía política creciente de la población, por el cinismo de la gente con respecto a la política y más profundamente por la creciente privatización de los individuos o por su “idiotización”. Esto no es un juego de palabras porque, como ustedes saben, la palabra moderna idiota viene del griego *idiotis* que quiere decir individuo (limitado a lo) privado. Para los antiguos griegos era un imbécil aquel que no era capaz de ocuparse de otra cosa que no fueran sus asuntos privados.

Actualmente se nos habla del individualismo, de su privatización y se dice que es el triunfo de la libertad del individuo y esa es la gran reivindicación de los tiempos modernos. Pero no puede haber libertad en lo abstracto. No se puede decir “la libertad de los individuos” sin preguntarse de qué individuo se trata y qué es lo que hace ese individuo con esa libertad. Quiero decir que el tipo de individuo del que se trata -tanto como el curso de la libertad que le es dada- están en un 99 % sociológicamente determinados.

¿Cuál es el individuo que hoy es libre? Es un individuo que quiere consumir, quedarse en su casa, que no quiere ocuparse de los asuntos comunes. El contenido y el uso que él hace de la libertad no lo eligió, le es impuesto. La sociedad le dice: consume, consume, consume. Hoy ya los chicos de diez años en las escuelas francesas son infelices y se sienten poco considerados si no tienen zapatos de tal marca y cosas por el estilo.

Entonces, detrás de todo eso hay un enorme desgaste antropológico de los tipos que han hecho funcionar esta sociedad capitalista liberal. Me refiero al obrero concienzudo, del empresario emprendedor y audaz; del juez íntegro; del burócrata racional - como lo definía Max Weber. Todo esto se ve cada día mas demolido y la explicación de esta demolición es simple: lo que la sociedad propone y dispone a todo el mundo (en Francia la “gloria” de haberlo impuesto va a pertenecer por siempre al partido socialista) es: “enriquezcase”, “haga plata”. Eso es todo, nada más.

Veamos el problema de cerca, en escala individual. Soy juez - supongamos- y tengo que juzgar sobre un tema donde hay mucho dinero en juego. Recibo un llamado telefónico el día anterior a dar mi sentencia, de uno de los implicados en el litigio que me dice: “¿Cuanto quiere? ¿Quinientos mil dólares, un millón de dólares?”.

Les pregunto dónde en la sociedad actual, en qué libro, en qué mentalidad, en qué comportamiento encontraré la fuente de inspiración para la resistencia, para decirle: “no sólo no quiero sus quinientos mil dólares, sino que además grabé esta charla y mañana lo inculpo por tentativa de corrupción al juez”. En ningún lugar voy a encontrar ni los ejemplos, ni las razones.

Tomaré otro ejemplo: Un profesor de matemáticas en Francia debe ganar entre 15 y 20 mil francos por mes. Es un genio matemático, sólo le interesa la investigación matemática y él forma a jóvenes matemáticos. ¿Qué van a hacer esos jóvenes matemáticos? Por un lado tienen la posibilidad, si tienen el talento de seguir siendo matemáticos y van a comenzar ganando entre ocho o diez mil francos mensuales como profesores o, por el contrario, pueden ingresar a empresas informáticas y comenzar a los 22 años con 50 mil francos. Entonces, ¿por cuánto tiempo habrá todavía profesores de matemáticas (o de otras cosas) si la situación es como ésta? ¿Qué pasará con las universidades y la educación superior?

Y para ir al meollo del sistema: Cómo y por qué debería seguir habiendo empresarios capitalistas en el sentido tradicional, pionero, de gente que busque mejorar la producción con invención técnica, explore y arriesgue explorando mercados, etc. Cómo y porqué, decía, cuando se puede hacer mucha mas plata especulando en el enorme casino en que se ha convertido la economía mundial, en donde no se trata ni siquiera sólo de la bolsa sino también de operaciones cambiarias : todas las semanas operan varios trillones de dólares, que es el equivalente al producto interno anual de los Estados Unidos.

Entonces todos estos factores demuestran que el tipo humano que hizo funcionar al sistema capitalista (en parte creados por ella y en parte heredados de la sociedad precedente) de hecho esos tipos antropológicos ahora la sociedad no puede reproducirlos.

Esta crisis antropológica implica un grave límite interno para la evolución y autorreproducción del sistema. Pero también hay límites externos al funcionamiento del sistema del que, por supuesto, el más importante y más dramático es el límite que impone el medio ambiente. Todos nos admiramos del extraordinario desarrollo productivo de los últimos dos siglos, donde efectivamente -sea cual fuere la medida que se tome de la producción- la producción aumentó muchísimo más que en los doscientos mil años anteriores de la historia de la humanidad. Eso es verdad, eso fue hecho bajo este sistema, por el sistema, pero el problema es que lo hizo comiéndose los recursos naturales acumulados en el planeta durante cuatro mil años. Muchos de esos recursos no son renovables. O son renovables pero a un tiempo muchísimo mayor al del ritmo creciente de la producción y el consumo. Para colmo este ritmo en aumento de la producción es necesario para el sistema, no tanto por razones económicas sino por razones políticas y sociales. Porque todo lo que dijimos recién equivale a decir que lo único que el sistema puede prometerle a la gente es que el consumo siga aumento 2 o 3% por año.

Y todo esto pasa mucho en los países ricos que están aumentando su producción todo el tiempo en que se desarrollaran los países subdesarrollados. ¿Cuál sería el consumo de recursos naturales si los 5/6 de la humanidad que viven actualmente en condiciones de escasez y pobreza extrema llegaran al nivel -no digo al nivel de los Estados Unidos- pero sí al nivel de, por ejemplo, Portugal?.

Hay otro punto que quería tocar. Hay un problema de los países del Tercer Mundo, problema que no fue resuelto y que toma simplemente la forma de un nuevo y enorme movimiento migratorio de los pueblos. En Europa, por ejemplo, es cada vez más evi-

dente que hay una presión de migraciones que provienen tanto del Sur como del Este y que los gobiernos no son capaces de controlar. Podrían controlarla con una condición, la de transformar la Europa actual en la fortaleza de Hitler. Es decir que en el Mediterráneo hubiera torpedos y ametralladoras, un Muro de Berlín en el Este (que no tuviera sólo 500 kilómetros sino 10 mil), etc. Pero eso sería el fin de la sociedad pseudodemocrática.

La democracia directa es posible

Entonces, esta situación exige una respuesta ¿Hay una situación alternativa? Pienso que la hay. La respuesta es la institución de una sociedad autónoma, de una sociedad que se autogobierne, lo cual no es otra cosa que la idea de la democracia pensada rigurosamente y llevada hasta el final.

Esto implica, evidentemente, cambios considerables y despierta grandes preguntas. Por ejemplo acerca del deseo de los pueblos actuales de salir verdaderamente del sistema presente. Pero antes de llegar ahí, quisiera decir dos palabras sobre la manera en la que podríamos concebir una sociedad verdaderamente democrática. Y esto no tanto para satisfacernos a nosotros mismos intelectualmente sino porque pienso que uno de los factores que actualmente inhiben la posibilidad de la gente de volver hacia una actividad política creativa, es la idea de que no hay otras soluciones. Idea que ha sido reforzada por la cantinela histórica, infinitamente repetida tras la caída del muro, que dice: “Vean a lo que lleva cuando se quiere cambiar la sociedad. Así que las opciones son Mrs. Thatcher o el Gulag”. Por eso es importante, creo, mostrar que ese dilema es absolutamente mistificador y falaz.

Dos palabras sobre lo que sería vivir en democracia. Evidentemente no podría tratarse de una democracia representativa en el sentido actual del término. El poder del pueblo exige una democracia directa. Esto quiere decir que todas las decisiones importan-

tes son tomadas por las colectividades involucradas. Y que entonces no hay alienación del poder de la colectividad entre las manos de los pretendidos representantes. Ustedes saben que una democracia directa funcionó en la antigüedad en varias ciudades griegas y sobre todo en Atenas. Y que ha habido tentativas de reinstaurarla en los tiempos modernos cada vez que hubo un verdadero movimiento popular democrático: tanto en América del Norte en 1776, como en la revolución francesa, como en las primeras formas organizativas del movimiento obrero, en la Cataluña de la CNT, en la guerra civil y también en el 56 con la revolución húngara.

Pero se nos dice: “Ustedes olvidan que en las sociedades modernas la sociedades no tienen la misma densidad de población que la sociedad ateniense. No se trata de organizar a 30 mil ciudadanos sino a 30 millones o incluso a 300 millones y por eso la democracia directa sería imposible”.

La respuesta es que eso no es verdad. La democracia directa será posible si, en primer lugar, hay una muy importante descentralización; una descentralización al máximo.

Es decir si las unidades políticas de base son del orden de 10 a 30 mil ciudadanos adultos -hombres y mujeres por supuesto- y si esas colectividades son soberanas en todo lo que concierne a su vida. En estas colectividades las cosas podrían ser definidas por asamblea general. Y esas asambleas podrán ser continuadas (porque uno no puede estar en asamblea general todos los días) por consejos de delegados elegidos pero revocables en todo momento y que deban rendirle cuentas a los ciudadanos de lo que han hecho entre dos sesiones de una asamblea general.

Luego habría una coordinación entre las unidades políticas de base, mediante delegados elegidos revocables; a la vez que se podrían prever varios niveles de federación. En estos niveles podría pasarse del nivel regional al nacional (e incluso, luego, al continental). Entonces la regla en esos casos sería que todas las decisiones

importantes fueran tomadas por referendums del pueblo luego de una discusión suficiente y de una información suficiente.

Lo cual es muy importante, porque ahí tocamos otro aspecto de la política actual que suele ocultarse. Y es que no tiene sentido someter a un referéndum decisiones sobre las cuales la gente no puede decidir con conocimiento de causa porque no está informada.

Todas las decisiones que se toman actualmente están motivadas por razones ocultas y los procesos efectivos por los cuales han sido tomadas no son nunca llevados a la consideración del público. Los poderes públicos viven en un mundo privado; el poder público es objeto de apropiación por algunos grupos que deciden entre ellos.

Volviendo a la sociedad autónoma posible, diré un par de cosas más. En una sociedad autónoma la libertad de los individuos y de los grupos o asociaciones voluntarias, debe estar asegurada y extendida más y mejor de lo que lo está hoy en día. Porque si los individuos no son efectivamente libres la colectividad no puede serlo. Una sociedad democrática no tomará la libertad individual como algo a defender —como piensan los liberales. Una sociedad democrática debe saber que hay que formar a los individuos libres y que esa es una tarea enorme que incumbe a la educación de los individuos. La educación no es la instrucción: no es cuestión de enseñarles aritmética. La aritmética es necesaria para vivir pero la educación es lo que los griegos llamaban *paideia*. Es decir la transformación del cachorro humano en Hombre en el pleno sentido de la palabra. Es decir en un hombre libre, responsable, capaz de decidir.

Resulta evidente que la educación para la libertad no puede hacerse sino mediante el ejercicio de esa libertad. Es decir que la educación de los ciudadanos en una democracia debe generar todas las ocasiones para ejercerla. Para aprehender lo que es realmen-

te gobernar es necesaria la participación de todos, en todas las instancias en las que se ejerce el poder.

Por último una cuestión que cae de madura: en una sociedad en la que pasamos aproximadamente 1/3 de nuestra vida trabajando no puede haber un verdadero autogobierno si este no es también el autogobierno de los colectivos de trabajo. Lo que puede llamarse la gestión colectiva de la producción. Pero no voy a extenderme en esto para pasar al último punto.

El movimiento democrático:

El último punto que voy a tocar es el de cuáles son las posibilidades para que podamos pasar a una sociedad democrática. No está de más recordar que todo lo que acabo de decir no son mis ensoñaciones personales. Pues lo cierto es que a eso que acabo de esbozar apuntaba verdaderamente el movimiento obrero cuando los obreros querían instaurar una sociedad libre e igualitaria, antes de que fuera conquistado por el marxismo en sus diversas formas, ya sea socialdemócrata o bolchevique. Y eso es lo que se ha encontrado nuevamente en los movimientos revolucionarios de los trabajadores de los diversos países que intentaron organizarse ya sea en Cataluña en el 37, en Italia del Norte en el 20 o en Hungría en el 56 o incluso en París en la época de la Comuna. Lo que trato ahora de formular es resultado de todas esas tentativas de instaurar una sociedad democrática autónoma que ha habido en la historia. Pero volvamos a la situación actual.

Tal como se ve a los pueblos hoy en día no hay movimientos que parezcan tener en cuenta esta cuestión. Evidentemente eso no quiere decir que esto no pueda pasar mañana. Pero podemos reflexionar acerca de los factores que podrían empujar a la gente en esa dirección o, en cambio, mantenerlos en el estado actual.

Los factores que podrían empujar a la gente en esa dirección son el deseo de alcanzar la verdadera libertad, y la saturación, el asco, el disgusto con respecto a la situación actual. Sin embargo, no voy a detenerme en este punto ya que prefiero elaborar un poco más los que parecen negativos. Y esto no es porque yo sea pesimista sino porque creo que debemos tener lucidez, y que en este caso la lucidez consiste en ver los factores que podrían ser contrarios. Hay dos factores-obstáculos que yo querría citar, que me parecen importantes y nuevos.

El primero es que la evolución de las sociedades modernas tiende a destruir todas las oportunidades de socialización significativa. Por ejemplo tiende a destruir las ciudades: destruye los barrios, y hasta tiende a destruir la empresa como lugar en donde la gente puede socializarse. El capitalismo moderno está casi a punto de lograr la “hazaña” de destruir una de las creaciones más geniales de la humanidad desde hace mil años: la ciudad. La ciudad actual está destruida porque está cada vez mas fragmentada.

Está fragmentada en tres grandes pedazos que viven entre sí relaciones absolutamente exteriores: las zonas de comercios, oficinas, etc., las zonas residenciales ricas y los guetos. Pero la suma de estas tres cosas no hace una ciudad. Ahora bien, todos los movimientos sociales importantes que se han conocido siempre se apoyaron sobre socializaciones y colectivizaciones existentes. Tanto los movimientos campesinos como los obreros, partían del campo o de las empresas. Las insurrecciones del siglo XIX partían de los barrios obreros. La cuestión que se plantea ahora entonces es de qué manera una sociedad atomizada como es la contemporánea puede convertirse en la fuente, en el origen, de movimientos colectivos democráticos, siendo que las personas se ignoran totalmente y son extraños u hostiles unos a otros.

Y la segunda cuestión es más pesada, es la que concierne a la apatía actual, al giro hacia el consumo. Todo el mundo sabe que las sociedades contemporáneas occidentales son las primeras socieda-

des en la historia de la humanidad en que la religión ya no juega un rol central (y ciertamente no soy yo quien lo lamenta).

Las religiones a su manera mistificadora siempre jugaron un rol importante, fundamental en la institución de las sociedades. No simplemente como decía Marx que le daba un complemento de justificaciones solemnes al orden social existente. Es algo más profundo que eso. Ocurre que el hombre es un animal que busca el sentido, un “animal” que vive bajo el sentido. Y ¿qué era lo que le daba sentido a la vida humana en las sociedades pasadas?: la religión. Esa manera de darle sentido a la vida es la expresión misma de la heteronomía. La base de toda religión es el mandamiento divino y es por eso que imponen éticas heterónomas a los hombres, creando sociedades heterónomas: porque no sólo los mandamientos sino el sentido de la vida viene de la concordancia de la vida individual con el espíritu de la religión.

Bueno, eso ahora terminó. Es por ello que asistimos a tentativas de retorno a fuentes de estilo religioso. Por ejemplo en los países islámicos o la India donde las poblaciones rehúsan la aceptación del sentido que implica la modernidad, una modernidad que no puede ofrecerles otra cosa más que consumo, e incluso tampoco les da eso. El consumo, la televisión y todos esos fenómenos son agentes de compensaciones con respecto al vacío del sentido de la vida contemporánea. Si no se sabe por qué se vive ni por qué se va a morir entonces se compra un nuevo auto; se busca el sentido... por televisión. Todo esto quiere decir que para que haya un cambio en las actitudes políticas, es necesario que a la vez la gente reconozca el vacío de esta “puesta en sentido” y que descubra que poseen la capacidad de darle ellos mismos el sentido a su vida. Y que por lo tanto se produzca un pase a la acción colectiva que podrá permitir la creación de una sociedad en la que cada uno pudiera dar el sentido que cree que tiene su vida y su muerte.

Esas son las dos grandes cuestiones que yo creo que hay que plantearse cuando se mira la sociedad contemporánea. No para extraer conclusiones pesimista u optimistas, sino para tratar de ser lúcido, con relación a las posibilidades de evolución y en relación al verdadero problema político. Porque es un problema político reconstituir la colectividad. Y es un problema político reflexionar sobre una sociedad donde por primera vez no habrá significaciones impuestas de manera heterónoma sino que la sociedad podrá ella misma crear sus significaciones e investir las, apasionarse por ellas, amarlas, sabiendo a la vez que constituyen una obra humana y que no han caído del cielo.

Termino ya. Se celebra actualmente el triunfo del capitalismo pero pienso que cuando el polvillo de los acontecimientos termine de caer notaremos, veremos que las cuestiones profundas siguen ahí sin resolverse, y que la sociedad capitalista liberal se hunde y con ella toda la humanidad, que corre el riesgo de sufrir una catástrofe irreversible. No podrá haber otra salida a no ser que los hombres y las mujeres de la Tierra se despierten y deciden tomar su destino entre sus propias manos. Es decir, que hacen suyo un proyecto de autonomía colectivo e individual. No hay ninguna garantía de que ello suceda, pero no podemos hacer otra cosa más que trabajar para que la sociedad se despierte. Que se despierte del sueño y del embrutecimiento de los supermercados y la televisión.

Si se despiertan de esta pesadilla podemos estar seguros que decidirán destronar la economía y la producción del lugar soberano en los que los colocó el capitalismo (y paradójicamente también el marxismo), poniéndola en su propio lugar, el de simples medios de la existencia humana. Pues hubo miles de sociedades en la historia de la humanidad, y cada una se propuso distintos fines. La mayoría nos parecerían extraños, muy ajenos. Pero con la distancia yo creo que los historiadores nunca verán sociedades que se hayan propuesto fines más miserables, más irrisorios, más innobles que la expansión ilimitada de la producción por la producción y del con-

sumo por el consumo. Fines estos que definen la vida de la sociedad capitalista.

Debemos proponernos la institución de colectividades libres, formadas por individuos responsables y libres, capaces de darle otro sentido a su vida, distinto que la adquisición de nuevas mercancías. Cuál será el sentido que le darán a su vida las futuras colectividades, es algo que no podemos decir en su lugar.

Pero al menos yo sé lo que yo querría que fuera este sentido: la creación de seres humanos que amen la sabiduría, que amen la belleza y que amen el bien común. ■

.....